

NOCHE DE LUNA LLENA

“Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío,
comprendo por qué hay ese juego de color en las nubes y
en el agua, y por qué están pintadas las flores”.
(Rabindranath Tagore)

Junto a la ventana, llenándose los ojos de lejanías, el niño enfermo escudriña el atardecer y contempla cómo se van encendiendo las casas del pueblo, una a una cada cierto tiempo, según las gentes terminan sus tareas. La chiquillería ha dejado las calles y seguramente estará haciendo los deberes o viendo la televisión. A partir de ahora se oyen más ladridos y algún que otro bocinazo. El pequeño Daniel se lo sabe todo esto de memoria, repetitiva y terca memoria de cada día esculpida durante largos periodos de cama, ahora esto, luego aquello, pequeñas y graves enfermedades, crueles sin razón, que tienen prisionera la salud del niño, todavía débil e inocente, que ha hecho de la ventana el escenario de su particular mundo...

- Oye, Fermín –dice a su hermano mayor, que se está poniendo una camisa limpia-, cuando yo sea hombre como tú, ¿también podré subir al pueblo de arriba, donde nace el río?

A Fermín le duelen las palabras porque teme, como todos, que Daniel nunca llegará a ser mayor, según parece pronosticar la delgadez de sus piernas, la cara pálida, las uñas endebles, su poco comer... Pero hay que esconder todo esto al niño, sonreírle y, sobre todo, entrar en su juego de fantasías y en lo que es casi su idioma personal. Porque Daniel no llama a las cosas por sus nombres sino que las rebautiza poéticamente y así las gentes sencillas del pueblo adquieren para él rangos o sobrenombres de héroes o cortesanos, las ventanas son los ojos de las casas, el colegio es el jardín de las ciencias o las farolas son lágrimas del día que se ha muerto. ¿Quién puede tener valor para forzarle a que admita y asuma la realidad?. “Lo primero –han recomendado los médicos- es que el niño esté contento”. Y Fermín, no queriendo ver las piernecitas casi inútiles de su hermano, le contesta:

- Claro que irás al pueblo donde nace el río (en la casa ya nadie lo llama Santa Cecilia del Castañar) y me ayudarás a traer leña o lo que haga falta.

- Además –insiste Daniel-, como está tan alto desde allí podré ver mejor la luna llena en las tardes de verano. ¿Tú la has visto alguna vez?

- Creo que no me he fijado nunca...

Porque lo único que le interesa a Fermín de Santa Cecilia del Castañar es una moza más que guapa con la que lleva tonteando unos fines de semana. Vive pensando en ella y, en cuanto tiene un rato libre, coge la moto y se planta allá donde nace el río, que no son más de ocho kilómetros, una distancia sin embargo infinita para dos jóvenes enamorados.

- ¿Sabes una cosa, renacuajo?- le dijo a Daniel hace unos días-. Resulta que me he pasado la tarde contando a Yoli algunos disparates de los tuyos, los nombres que pones a las cosas, las fantasías que te inventas... y se ha reído mucho y dice que eres muy inteligente, y que algún día vendrá a conocerte y a charlar contigo. No sé si voy a tener celos de tí...

- Yo me imagino la luna llena del pueblo de arriba, Fermín.

- ¿Y cómo crees que es? –le pregunta el hermano mientras termina de

colocarse la ropa.

- Seguro que muy grande y brillante como el palacio de Sivar, el mago del bosque, y hay muchas hadas que juegan con los rayos de plata de la luna que luego caen al valle y ponen lucecitas pequeñas en las puntas de los árboles y en las varas del cañaveral. Después viene mi hada y me trae el rayo más reluciente y me lo deja en la ventana...

El niño tiene mucha fantasía, dicen los médicos, y eso es bueno para que se distraiga y luche por curarse; así se distrae, se le acorta el tiempo, sufre menos... En la casa todos son cómplices de la infantil fabulación. Pero también los de fuera llevan años arrojando al niño enfermo, como aquel camillero del primer hospital donde Daniel estuvo internado la primera vez y que le regaló un precioso libro de cuentos ilustrados; o doña Paulina, la maestra jubilada que casi todos los días le enseñaba unas cuantas cosas, además de leer y hacer cuentas; o las reflexiones que se callaba el médico y los especialistas para no alterar demasiado a la familia; o los tres niños más o menos vecinos que muchas tardes le traían bichos del campo o le contaban cosas del colegio; o el cura, que le absolvía sin confesión mientras merendaban; o el boticario, que le guardaba libretas y rotuladores de propaganda de los laboratorios...

Pero cuando Daniel dice esas cosas tan raras, a Fermín se le hiela la sangre: "¿acaso se va a morir mi hermano?". Había oído muchas veces que los moribundos dicen cosas de ángeles que nadie llega a comprender del todo, que ya están como en otro mundo o que la muerte les trae el entendimiento absoluto. Antes de marcharse a ver a su novia pregunta al niño enfermo, quizás por el capricho de escucharle y hacerle feliz:

- ¿Conoces a la reina de tus hadas, Daniel?

- Claro que sí, desde hace mucho tiempo...

- ¿Y cómo es?

- Es una niña que vive en el palacio de flores y sus vestidos son plumas de los pájaros del cielo, y cuando ella se ríe bailan todas las criaturas mágicas con la música de las espigas y los sonidos del agua... Algunas veces baja y me da un beso...

A Fermín también le impresiona esa visita nocturna, seguramente premonitora y trágica, porque los besos de la noche, como dicen las viejas de la comarca, siempre traen desgracias.

- Oye, Fermín –insiste el niño-, ¿se parece la reina de las hadas a tu princesa del monte?

- Un poquito, claro, pero no es princesa sino la hija del practicante, ese que te regala un cuento cada vez que viene a pincharte.

El hermano mayor ya no sabe si es bueno o malo que Daniel se pase los días leyendo tantos cuentos, que los viva de modo que esas fábulas puedan influir en su equilibrio mental. "No te preocupes por eso –le había aconsejado doña Paulina, la maestra-. Daniel sabe muy bien lo que se dice. Le encanta hablar como en los cuentos porque con nosotros, tan metidos en el trajín de cada día, se aburre solemnemente, no llegamos a despertar su imaginación... Somos reales y concisos como las piedras del camino, y él necesita volar como los espíritus libres, por encima de nuestros minúsculos afanes..."

- Dime la verdad, Fermín, ¿cómo es tu princesa del monte?

- Es tan hermosa –le contesta- como los pétalos de las flores, suave como el rocío, fina como los juncos del arroyo...

Fermín se calla de golpe, avergonzado por lo que acaba de decir y temeroso de que el padre, que anda trasteando por la casa, lo haya podido oír. No sabe por qué se le han escapado tantas palabras ridículas. Quizás sean

recuerdos de la escuela, de alguna lejana poesía que tuvo que aprenderse como castigo por haber hecho una fechoría.

- ¿Y lleva campanillas en los tobillos, como las bailarinas del lago?

-insiste Daniel.

- Sí, de oro y brillantes, y repican como los pasos de los geniecillos por la alameda...

- ¿Y tiene brazaletes como las princesas?

- Muchos, de perlas engarzadas en rubies, tantos que sus brazos parecen cascadas de espuma y fuego...

Vuelve a avergonzarse Fermín y piensa que sólo faltaba que Yoli se enterase de que va diciendo tantas tonterías. Así que carraspea un poco y se inclina para dar un beso al hermano.

- ¡Qué guapa es tu princesa del pueblo de arriba donde nace el río!

- Se lo diré de tu parte, enano...

Empieza a cuajarse la noche con la monotonía de siempre o la eterna renovación de los días. Por la ventana, Daniel va descubriendo las estrellas según salen y escucha los primeros sonidos del campo. Piensa que seguramente allí los animalillos nocturnos se cuentan sus cosas mientras las espigas se quejan de lo duro que es crecer en seco. Sabe que está llegando la hora de los genios y los encantamientos, como señala una estrella fugaz que se ha pintado en el cielo.

De vuelta a casa, Fermín no ha tenido más remedio que despertar a su hermano. Esta noche sólo con él puede compartir el estruendo y temblores que le provocan mil potros desbocados dentro del pecho, que se encabritan y le cocean las sienes...

- ¿Sabes una cosa, pequeñajo? Yoli, mi princesa del monte, me ha dado un beso para ti.

Al niño se le enciende el rostro, sonríe y asegura:

- Debe de ser dulce como la canción de los magos a las amanecidas, cuando beben el rocío de las plantas secretas...

Fermín se sienta en la cama, apoya con ternura una mano sobre las piernas del niño y le contesta:

- Más dulce que la voz de las hadas, más suave que la flauta del cantor de las estrellas y más tierno que el temblor de una mariposa enamorada... Ha sido su primer beso de amor.

Jaime de

la Fuente